

Sabiduría que asombra (6/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Eclesiastés 3.1, 7b; Lucas 2.39-52
12 de julio de 2019

Sabiduría que asombra (6 de 13)

Texto bíblico: Eclesiastés 3.1, 7b; Lucas 2.39-52

Introducción:

En las primeras lecciones de este trimestre vimos que un elemento de la sabiduría es su traspaso de unas generaciones a otras. Las personas sabias han de enseñarles sabiduría a las más jóvenes, pues la sabiduría no es algo que se obtiene directamente «del aire», sino que se aprende de quienes nos rodean y han andado antes de nosotros por los caminos de la vida.

El pasaje que estudiamos es el único texto en los Evangelios que se refiere a la vida de Jesús entre su nacimiento e infancia por una parte y el principio de su ministerio por otra. La historia que cuenta, de la visita de Jesús al Templo, ha sido inspiración para mucho arte cristiano, de tal modo que en cualquier iglesia antigua es fácil encontrar pinturas, esculturas o vitrales representando a Jesús en medio de los sabios del Templo.

Por ser una historia tan dramática, frecuentemente la interpretamos sin estudiarla mucho, y vemos en ella una señal de que Jesús sabía más que nadie, y que no tenía que aprender de nadie. Esto es falso, y el pasaje mismo que estamos estudiando lo demuestra.

También se ha empleado este pasaje para mostrar la ignorancia y error de los judíos. Pero al estudiar el pasaje con mayor detenimiento veremos que esto también es una falsa interpretación.

Todas esas interpretaciones se limitan a hablar de lo que ocurrió entonces, en aquel episodio, y dicen poco acerca de lo que esto nos enseña acerca de la sabiduría y cómo se alcanza.

En la lección de hoy volveremos sobre este pasaje tan conocido, lo estudiaremos con cuidado, y trataremos de ver lo que esto nos enseña tanto de la sabiduría de Jesús como de la nuestra. En particular, veremos que lo que estudiamos antes acerca del lugar de la tradición en el aprendizaje de la sabiduría es cierto de Jesús—y por tanto es también cierto de nosotros y nosotras.

Vocabulario bíblico:

PASCUA: La más importante de las celebraciones religiosas judías. Celebraba (y todavía celebra entre el pueblo judío) la gran liberación de Israel del yugo de Egipto. Lo que convenció al faraón que debía dejar libre al pueblo de Israel fue la muerte de todos los primogénitos de Egipto, al tiempo que la muerte respetó las casas de los hijos de Israel que habían sido marcadas con la sangre de un cordero, en esa fiesta se mataba y comía un cordero. Además, puesto que al salir de Egipto a toda prisa no pudieron leudar la masa para el pan, esa fiesta se celebraba también con panes sin levadura (llamados «panes ácidos»). Más adelante se relacionaría la obra salvífica

de Jesús, crucificado para salvar a su pueblo, con el cordero pascual, y se llegaría a llamar a Cristo «nuestra Pascua». Y todavía más tarde, puesto que Jesús nació para llevar a cabo esa tarea, se empezó a hablar de los tiempos de Navidad como «Pascuas», y a la antigua Pascua, que tiene lugar en primavera, «Pascua Florida».

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Ayudar a la clase a entender nuestro lugar en el proceso de pasar la sabiduría de una generación a otra, y a entender algunas de las dinámicas involucradas en ese proceso.
2. Estudiar el modo en que esto se relaciona con la historia de Jesús en el Templo de Jerusalén. Y con el lugar que sus padres y comunidad tendrían en el desarrollo de su sabiduría.

Inicio

1. Como primera actividad en la clase, invite a los alumnos a decir lo que recuerden de la lección en que vimos que la sabiduría se pasa de una generación a otra. De ser necesario, suplemente la memoria de la clase. El punto importante es que todos entiendan que la sabiduría no es algo que nos llegue directamente por un descubrimiento personal y privado, sino que se fundamenta en lo que se ha recibido de los sabios que nos precedieron.
2. Dirija a la clase en un examen del pasaje de Lucas que estudiamos. Pregunte:
 - a. Sobre la base de este pasaje, ¿podemos decir que Jesús lo sabía todo desde

pequeño? (Recuerde que crecía en sabiduría.)

- b. ¿Qué nos dice el pasaje de la religiosidad de María y José? ¿Cómo afectaría eso a Jesús? Recordemos lo que se dijo antes, que la sabiduría se transmite de generación en generación, como una tradición.
- c. ¿Qué relación hay entre lo que Jesús aprendió de sus padres y de su tradición y su interés en conversar con los sabios en el Templo?

Desarrollo

1. Plantee la pregunta de si vemos en la actitud y acciones de Jesús algo que nos recuerde a los adolescentes de hoy. ¿Tiene alguien en la clase la experiencia de haber pasado un susto porque un hijo o hija adolescente parecía haber desaparecido? ¿Cómo se sintió? ¿Cómo se sentirían María y José?
2. Pídale a la clase que examine el pasaje preguntándose si Jesús era obediente o desobediente (o las dos cosas). Pida que cada cual apoye lo que dice sobre alguna parte del texto impreso. (Allí se encontrará por una parte el hecho de que Jesús se quedara en Jerusalén y ni siquiera se ocupara de avisarle a su familia, y por otra parte la afirmación de que Jesús se sujetaba a sus padres.)
3. ¿Hasta qué punto el interés de Jesús en el Templo sería algo que sus padres le habían inculcado?

¿Cómo se relaciona todo esto con la cuestión de las relaciones entre las generaciones hoy? ¿Se deberán las tensiones sencillamente a que los más jóvenes son rebeldes y desobedientes? ¿O se deberá también a que están requiriendo de nuestra parte una concordia entre las palabras y las

acciones que no practicamos? Invita a la clase a dar ejemplos.

Cierre

1. Resuma las sugerencias concretas que se haya hecho respecto a modos de asegurarnos de que nuestra sabiduría—nuestra tradición religiosa—pasa a las nuevas generaciones, y de asegurarnos también que escuchamos y entendemos a esas nuevas generaciones.
2. Haga una lista de lo que se dice. Reparta pequeños papeles y plumas entre los participantes, e invita a cada uno a escribir una de las cosas que se han sugerido y comprometerse a hacerlo durante la semana entrante. Invita a cada uno a llevar su papel y volver a leerlo durante las devociones cada día de la semana.

Análisis de la Escritura:

El texto impreso para la lección de hoy viene de dos libros de la Biblia: Eclesiastés y el Evangelio de Lucas.

Cuando se clasifican los libros del Antiguo Testamento, Eclesiastés se cuenta entre los «libros sapienciales»—es decir, libros de sabiduría. Como Proverbios, es una serie de escritos o dichos sabios, quizá obra de una sola persona, o quizá no. Pero es un libro diferente. Mientras en su mayor parte Proverbios anuncia las buenas consecuencias de la sabiduría, Eclesiastés se enfrenta al hecho de que los sabios y buenos no siempre se ven recompensados—o al menos, no inmediatamente. Lo que es más, Eclesiastés se muestra más escéptico en cuanto al alcance

de la sabiduría humana. Aquí se nos deja ver claramente que cuestiones tales como la del sentido último de la vida son misterios escondidos en la mente de Dios.

Eclesiastés 3.1: Este es el comienzo de un pasaje bastante conocido y citado. El pasaje todo, desde el versículo 1 hasta el 8, deja bien claro que parte de la sabiduría consiste en saber cuándo se debe hacer una cosa y cuándo otra: nacer y morir, plantar y arrancar, llorar y reír, etc. Uno de esos pares de alternativas se encuentra en la segunda mitad del versículo 7, que es también parte del texto impreso: el tiempo de callar y el tiempo de hablar.

Al leer el pasaje en su totalidad, vemos que la sabiduría que aquí se presenta tiene dos dimensiones. En primer lugar, consiste en saber lo que es apropiado en cada situación. Así, por ejemplo, hay situaciones en las que es sabio hablar, y otras en las que es mejor callar. Pero además, en segundo lugar, los tiempos no se ajustan a nuestra conveniencia. No podemos determinar el tiempo de nacer o el de morir, y no podemos sembrar o cosechar en cualquier época del año. Luego, el pasaje todo recomienda tanto sagacidad para determinar lo que conviene en cada situación como aceptación de lo inevitable, de lo que no está en nuestras manos.

Lucas 2.39: Lo que estaba prescrito era la presentación del niño en el Templo, a lo cual se refiere el pasaje anterior.

v. 2.40: Aunque frecuentemente pensamos que todo este pasaje da a entender que Jesús lo sabía todo y que no tenía nada que aprender, en realidad el pasaje mismo empieza y termina afirmando lo contrario. En este versículo se nos dice que Jesús crecía tanto física como intelectualmente, pues su cuerpo se fortalecía y su sabiduría aumentaba. Además, como para recalcar este punto, todo el pasaje termina declarando lo mismo una vez más. En el versículo 52 se reitera que Jesús crecía y, aunque con palabras algo diferentes, se mencionan las mismas tres dimensiones de su crecimiento: la sabiduría, el desarrollo físico, y la gracia.

vv. 2.41-42: La costumbre de ir a Jerusalén cada año para celebrar la Pascua no era requisito absoluto para todos los judíos. El hecho de que María y José fueran todos los años es índice de que eran una familia devota, y por tanto de que le estaban enseñando a Jesús lo que habían aprendido de generaciones pasadas. (Recuérdese lo que dijimos antes acerca de cómo la sabiduría va pasando de generación en generación.)

vv. 2.43-45: Esto de que Jesús se quedara en Jerusalén sin que sus padres lo supieran nos resulta inaudito e increíble. Para entenderlo, posiblemente debemos imaginar que la familia que fue de Nazaret a Jerusalén no serían solamente José, María y Jesús, sino también una multitud de parientes y allegados que viajarían juntos —a veces todas las mujeres juntas, los hombres en otro grupo, y los niños en otro. Al salir de regreso a Nazaret todas esas personas viajarían juntas, los adultos hablando entre sí y los niños jugando al tiempo que andaban. Además habría centenares de familias igualmente numerosas, todas saliendo de Jerusalén al

mismo tiempo. En medio de tal multitud, sería relativamente fácil pensar que este hijo de doce años de edad sabría continuar con el grupo. Por eso, es solamente después de haber andado un trecho que María y José se percatan de que Jesús no está con ellos y empiezan a buscarle. Cuando esa búsqueda fracasa, regresan a Jerusalén buscándole. ¡Bien podemos imaginar la preocupación de aquellos padres!

vv. 2.46-47: Cuando por fin encuentran a Jesús, resulta que lleva tres días en el Templo conversando con los doctores de la Ley—es decir, con los teólogos judíos. Nótese que el texto no dice que estuviera enseñándoles. Eso es lo que frecuentemente imaginamos, en vista de lo que sabemos acerca de quién era aquel niño. Y es así que frecuentemente se presenta la escena en pinturas y esculturas: con Jesús en el centro enseñándoles a los doctores. Pero en realidad lo que Jesús hace es más que nada preguntar y responder a lo que se le pregunta. Los que le oían estaban maravillados, no por su enseñanza, sino por sus preguntas y sus respuestas. Jesús, con todo y ser divino, sigue siendo humano. Como humano que es, aprende y recibe instrucción de otros. Al principio del pasaje, esos otros son sus padres, quienes le están enseñando la tradición de Israel no solamente de palabra, sino también con su vida, como se ve en la costumbre de ir todos los años a celebrar la Pascua en Jerusalén.

vv. 2.40-50: La angustia de los padres y el regaño de María se entiende y no necesitan explicación. María y José no entienden la respuesta de Jesús, que pudo ser hiriente. Cuando Jesús se refiere a los negocios o asuntos (que también podría traducirse como «la casa») de su

Padre, no se está refiriendo a José, sino a Dios. Quizá aquí, sin que ella misma lo entienda, empieza a apuntar lo que Simeón le dijo a María en el Templo, sobre los sufrimientos que le esperaban. Más adelante en el Evangelio Jesús les dirá a sus seguidores que en ocasiones habrá que dejar a un lado el amor al padre o a la madre para seguirle a él. Lucas nos dice que sus padres no entendieron lo que Jesús decía. Pero más adelante lo entenderían—y no sería cosa fácil.

Lucas 2.51-52: Es importante notar que Lucas dice que Jesús se sujetaba todavía a la autoridad de sus padres. No era un sabelotodo que rechazara esa autoridad. Al contrario, una vez más, seguía creciendo en todas las dimensiones del crecimiento humano: el cuerpo, la sabiduría y la gracia. Y mientras tanto su madre «guardaba todas estas cosas en su corazón». En otras palabras, aunque María no hubiera entendido lo que Jesús les dijo en Jerusalén, sí sabría que su hijo era algo especial, y quizá sospecharía que aquel embarazo que unos años antes le hizo cantar de alegría a la postre la llevaría a profundos dolores.

Aplicación:

El pasaje de Eclesiastés nos ayuda a entender la sabiduría de Jesús, y por qué unas veces habló—como en sus parábolas y otras enseñanzas—y otras calló—como cuando en su juicio y vituperios. La sabiduría no es una serie de reglas inflexibles, sin importar el momento o las circunstancias, sino que consiste en saber cuándo hablar y cuándo callar; cuándo sembrar y cuándo segar; cuándo alentar y cuándo criticar.

El pasaje de Lucas, que ocupará el centro de nuestra atención, nos muestra en el caso concreto de Jesús lo que vimos en términos generales acerca de la naturaleza de la sabiduría. Jesús tenía que crecer en sabiduría. Ese crecimiento no viene solamente de dentro, sino particularmente de fuera. Se obtiene sabiduría escuchando la enseñanza y recibiendo el ejemplo de los sabios, haciéndose partícipe de su tradición.

Aunque al escuchar el pasaje lo que nos sorprende es la sabiduría de Jesús, no podemos perder de vista el hecho de que buena parte de esa sabiduría le viene de sus padres y de la comunidad que le rodea. Es una familia religiosa que muestra su fe y compromiso primero antes del nacimiento de Jesús, cuando María se regocija por el anuncio del ángel, después llevando al niño para ser presentado en el Templo, y aparentemente a partir de entonces emprendiendo todos los años el no siempre fácil viaje desde Nazaret hasta Jerusalén para celebrar la Pascua en la santa ciudad. Bien podemos imaginar que durante todos esos años, mediante la enseñanza en la sinagoga y mediante las observaciones religiosas que se esperaban en toda familia judía, Jesús aprendió a leer las Escrituras. Fue gracias a esa enseñanza que pudo leer el libro del profeta en el famoso episodio en la sinagoga de Nazaret. Y fue gracias a toda esa formación que en el desierto le pudo responder a Satanás, quien se escudaba tras citas bíblicas, con otras citas.

No se nos dice en ningún lugar que María o José supieran mucho. José era carpintero, no doctor de la Ley ni jefe de la sinagoga. Y María era una mujer joven en medio de una sociedad en la que no se pensaba que las mujeres tenían necesidad de estudiar mucho. Pero ellos dos son los

maestros que le enseñan a Jesús la importancia de la Pascua yendo a celebrarla en Jerusalén todos los años.

En cuanto a Jesús, el pasaje nos le presenta como un joven adolescente que tiene sus propias ideas –ideas no traídas por los pelos, sino ideas que surgen precisamente de lo que se le ha enseñado en su familia y en su comunidad. Él sabe—como lo sabía cualquier judío que leyese las Escrituras o asistiera a la sinagoga, que el Dios de Israel es un Dios amoroso como un padre. Y precisamente porque Dios es su padre, comete la aparente barbaridad de irse a discutir y aprender en el Templo sin ocuparse del susto y la preocupación de sus padres. En esto muestra no solamente su inclinación religiosa, sino también esa especie de rebeldía que a nosotros los padres y las madres tanto nos molesta en nuestros hijos adolescentes. No es una rebeldía contra los principios que se le han enseñado, sino un celo tal por esos principios que todo lo demás parece retroceder en importancia.

Pero al mismo tiempo, como la mayoría de los adolescentes de hoy, el final del pasaje nos dice que Jesús se muestra sumiso a sus padres. Su rebeldía o desaparición en la visita a Jerusalén no es falta de respeto hacia lo que sus padres le han enseñado, sino celo por esa enseñanza, el deseo de aprender más, de ir más lejos en ella.

Al leer todo este pasaje, es muy fácil pensar que Jesús, como joven excepcional, no nos puede servir de ejemplo. Su indudable precocidad intelectual no es la nuestra ni la de nuestros hijos e

hijas, y por tanto el pasaje, en lugar de ayudarnos a practicar la sabiduría, sencillamente nos hace saber una vez más que Jesús era muy sabio, o que era mejor que otros jóvenes de la comunidad. El pasaje es entonces útil para informarnos acerca de Jesús, pero no para formarnos siguiendo a Jesús.

Pero recordemos que Jesús, además de ser divino, es plenamente humano, y en ese momento es un humano adolescente. En ese caso lo que vemos tanto en él como en sus padres puede orientar nuestra sabiduría en el constante conflicto entre las generaciones. Como todos sabemos, buena parte de ese conflicto se debe a las circunstancias cambiantes, a las diferentes perspectivas sobre la vida, y a la necesidad de los jóvenes de afirmar su propia identidad. En el pasaje que estudiamos, Jesús afirma su identidad de una manera que, como en el caso de muchos adolescentes hoy, lleva a sus padres a una inmensa preocupación y angustia.

Lo que quizá no notemos de inmediato en el caso de Jesús—y rara vez lo notamos en nuestros hijos e hijas—es que buena parte de la identidad que empiezan a manifestar es consecuencia y expresión de lo que sus padres y otros en torno suyo le han enseñado.

En muchos casos en el día de hoy, la aparente rebeldía de los jóvenes es en buena medida un tomar muy en serio lo que se les ha enseñado. Una pareja le enseña a una hija que no debe tomar lo que no es suyo, y de momento esa misma hija les critica porque se están aprovechando de sus empleados—lo cual es lo mismo que tomar lo que no es de ellos. En la

iglesia misma, con mucha frecuencia la rebeldía de los jóvenes se debe a que toman muy en serio lo que se les ha enseñado. Les parece que los adultos no están llevando sus enseñanzas a sus últimas consecuencias. Los adultos le dicen, por ejemplo, que hay que amar a Dios por encima de todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo. Pero entonces esos mismos adultos parecen preocuparse más por el coche nuevo que van a comprar que por su vida devocional; y esos mismos adultos hablan y cuentan chismes los unos de los otros. Si ese joven que ha aprendido desde niño que lo más importante es amar a Dios y al prójimo se muestra molesto por lo que sucede en su familia o en su iglesia, ¿podemos culparle? Si además tiene conflictos internos porque por un lado quiere obedecer a sus padres, pero por otro ve que esos padres no hacen lo que enseñan, ¿podemos culparle?

Cuando las nuevas generaciones critican nuestra fe y nuestra fidelidad, ¿basta con mandarles a callar, o debemos escucharles, porque es posible que sencillamente nos estén pidiendo que seamos consecuentes con lo que profesamos? ¿Qué podemos hacer para que nuestra vida y nuestro ejemplo reflejen la misma sabiduría que les estamos enseñando a las nuevas generaciones? ¿Qué otros modos tenemos para enseñarles a las nuevas generaciones la sabiduría que aprendimos de quienes nos precedieron?

Resumen:

Jesús fue sabio, conocedor y hacedor de las Escrituras. En el camino que le llevó a ese punto María, José y posiblemente toda su familia tuvieron un papel importante, haciéndole partícipe

de las tradiciones y de la sabiduría de generaciones anteriores. En el pasaje que estudiamos, eso se ve en su práctica de ir a Jerusalén a celebrar la Pascua todos los años.

Si la verdadera sabiduría requiere la enseñanza de las generaciones que nos precedieron, parte de nuestra responsabilidad consiste en hacérsela llegar también a quienes vienen después de nosotros y nosotras—es decir, a las nuevas generaciones que se van levantando.

Para hacer eso, no podemos sencillamente declarar que esas nuevas generaciones son rebeldes, que no hacen las cosas como deben, o cosas por el estilo. Parte de eso bien puede ser verdad. Pero mucho más importante es el hecho de que nos están viendo y escuchando, y aprendiendo de nuestros ejemplos y de nuestras palabras. ¿Será posible que parte de su aparente rebeldía y de su crítica al modo en que hacemos las cosas tiene que ver con la disonancia entre lo que decimos y enseñamos por una parte, y lo que practicamos por otra?

Oración:

Señor Dios, Señor de sabiduría: te damos gracias porque a través de las generaciones nos has hecho llegar la herencia de una sabiduría incomparable. Te damos gracias también porque a través de las generaciones nos has ayudado a descubrir nuevas realidades y a entender el mundo mejor. Sabemos que ahora que ha llegado nuestro día tenemos la obligación de hacer lo mismo para las generaciones futuras. Danos el poder, la firmeza y la gracia para hacerlo sabio y responsablemente. Amén.

Lecturas devocionales para la próxima semana:

Lunes: Marcos 5.35-43

Martes: Juan 4.27-29, 39-43

Miércoles: Colosenses 2.1-5

Jueves: Marcos 7.1-8

Viernes: Marcos 7.9-15

Sábado: Marcos 7.17-23

Domingo: Marcos 6.1-6

